

La llama triple: apuntes hacia una fusión

THE TRIPLE FLAME: NOTES TOWARDS FUSION

CITLALLI LUNA-QUINTANA*

Resumen: Se partió de las ideas de Octavio Paz acerca del amor y el erotismo —diada que este poeta denominó “la llama doble”— para observar su relación con las capacidades referencial, expresiva, evocativa y creativa de la palabra. El análisis permite argumentar en favor de una triada aprehensible en la noción de ‘llama triple’ (amor-erotismo-palabra).

Palabras clave: literatura; poesía; Octavio Paz; habla; afectividad; análisis literario

Abstract: With Octavio Paz’s ideas about love and eroticism as a starting point – duality that this poet named the “double flame” – to observe the relationship with the referential, expressive, evocative and creative power of words. The analysis allows us to argue in favor of a distinct triad in the notion of ‘triple flame’ (love-eroticism-word).

Key words: literature; poetry; Octavio Paz; speech; emotions; literary analysis

*Universidad Nacional Autónoma de México, México

Correo-e:
citlalli_pluton@hotmail.com

Recibido: 1 de septiembre de 2014
Aprobado: 22 de enero de 2015

Para Paty: a su sonrisa, su luz y su interminable ausencia.
Nos veremos en el Eterno Oriente.

El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora.
Octavio Paz

La palabra es una extensión de la caricia, propaga delirio, seducción y muerte. Quisiera poseerla, sentirla recorrer mis venas, llenar cada vacío de mi existencia, embriagarme con su perfume, saborearla en los labios y aceptar de una vez por todas que siempre me robará el aliento. En definitiva quiero poseerla: quitarle los artículos, los acentos y las comas, desgarrar los renglones con los dientes, aplastar la 'b' con los LaBios, rozar con la lengua el punto de la 'i', perderme entre la 's', ahogarme en la 'o'. Quiero quitarle todo y llevarla al punto máximo de la expresión de las ideas, hacer de ella un aquí y ahora, un inhalar y exhalar.

La llama doble, de Octavio Paz, se crea con la conjunción del amor y el erotismo, pero es menester agregar un elemento más: la palabra. A través de los años, los componentes de la llama han acompañado al hombre en sus devenires tanto cotidianos como literarios, pasando por el amor cortés hasta llegar a nuestros días. De igual manera, han sido objeto de estudio —fascinación, creación y pretexto— de estudiosos y poetas, desde Safo hasta Cortázar y Bataille, de Shakespeare a Sabato y Klossowski, de Sade hasta Cernuda y Ovidio.

¿Por qué cometer la 'herejía' de nombrar a estos autores sin ningún criterio aparente de temporalidad? Es evidente que los conceptos arriba mencionados —y por lo tanto, la diversidad de poemas, novelas y estudios que de ellos se han hecho— tienen un orden cronológico que además responde al cambio de mentalidad de las sociedades, sin embargo, mostrar —y respetar— ese transcurrir no es el objetivo de estas letras, puesto que ya se han hecho antologías de ello. El amor y el erotismo van más allá: además de romper el tiempo y el espacio destrozan buenas costumbres, abrasan hímenes, tatúan hojas que estaban en blanco. En este ensayo

se pretende realizar un primer planteamiento acerca de la fusión del amor y el erotismo con la palabra.

En *La llama doble* Paz trabaja tres conceptos: la sexualidad, el amor y el erotismo. La primera se relaciona con la procreación, es el acto más antiguo de los tres y tiene como finalidad la reproducción. Los otros dos dependen de ella, el autor los define como círculos concéntricos. El erotismo es propio de los hombres, es ceremonia, representación, invención, variación incesante, "es sexualidad socializada y transfigurada por la imaginación y voluntad de los hombres" (Paz, 1993: 14-15), su finalidad es el placer, deja de lado la intención procreadora para dedicarse a la explotación de sensaciones, da vida y muerte en un orgasmo. El amor es otra cosa, mientras que en aquél hay una sed de 'otredad', en éste hay un deseo de 'completud', claro que esto no quiere decir que sean mutuamente excluyentes, "el amor es una atracción hacia una persona única: a un cuerpo y a un alma. El amor es elección; el erotismo, aceptación" (Paz, 1993: 33).

¿Qué tiene que ver la palabra con los orgasmos y el anhelo del ser querido? Ella también es parte del ritual —de amar y gozar, de elegir y aceptar—. Al igual que el cuerpo, "el testimonio poético nos revela otro mundo dentro de este mundo, el mundo otro que es este mundo" (Paz, 1993: 9). Las cartas del amado, por ejemplo, contienen el aliento encapsulado en tinta, roces de muslos disfrazados de letras, gemidos ahogados en un punto y aparte.

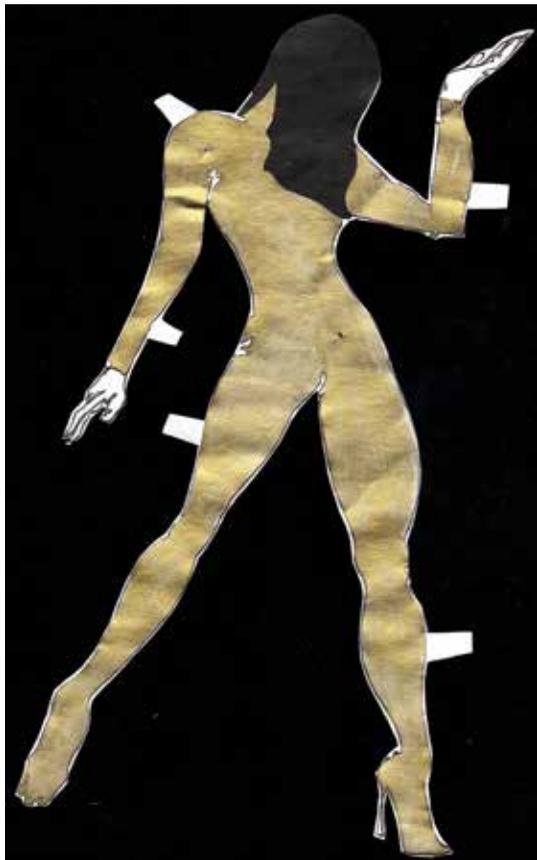
DE LA PALABRA, EL HOMBRE Y EL AMOR

Estamos hechos de palabras: los dedos escupen metáforas, los ojos decantan monosílabos con brillo a punto de caducar, las piernas dejan letras en su andar, las plantas de los pies se contaminan con barbarismos y mala ortografía. ¿Qué es el mundo sino palabras? Ojalá todo el asfalto fuera de la misma complejidad sintáctica, las escaleras que llevan al cielo no tuvieran como soporte puntos suspensivos y el amor no se escribiera entre paréntesis.

Octavio Paz afirma que la vida del hombre está sujeta a las palabras, son inseparables, su mejor mano, su retina menos desgastada, el pie que lo detiene mientras el otro cojea, las palabras son esencia. Crisis y avance de la humanidad dependen del lenguaje:

no sabemos en dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro. Las cosas se apoyan en sus nombres y viceversa (Paz, 2003: 29).

Toda luz proviene de ellas, de su correcto uso, del grado de confianza que se les tenga. La actitud del hombre ante el lenguaje —dice Paz— es la confianza en que el signo y el objeto representado son lo mismo, después de todo, hablar también es un acto



De la serie *La caja de pandora* (2006). Pintura vinílica y lápiz sobre papel recortado: Layla Cora.

de fe. Pero de igual manera es arrojarse al abismo, las palabras poseen la naturaleza que caracteriza al amor y al erotismo, elección y atracción del primero, aceptación y muerte del segundo, libertad y sumisión de ambos. Me explico:

Paz dice que “el amor [...]: es una seducción malsana que nos atrae y nos vence” (2003: 54). ¿Acaso no ocurre lo mismo cuando leemos poesía? Al igual que en un encuentro inesperado —cuando el ser amado aún no es más que un extraño— hay algo de él que ha llamado nuestra atención:

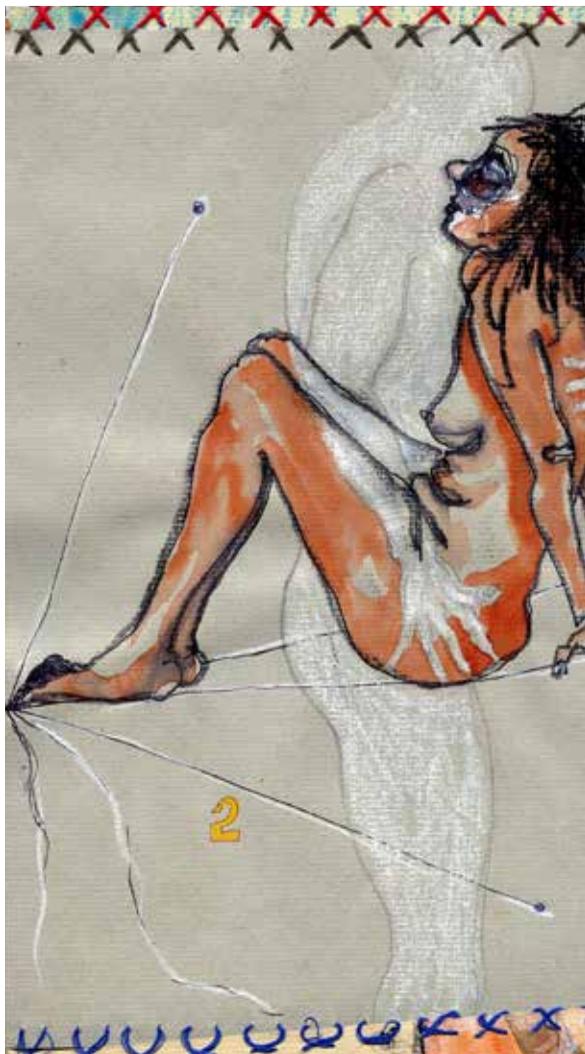
No se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo; un cutis de durazno o de papel de lija. Le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amanezcan con un aliento afrodisíaco o con un aliento insecticida (Girondo, 1999: 16).

Algo se ha quebrado, no es como todos los rostros / palabras que transitan, el amante / lector siente la terrible necesidad de seguir adelante, de conocer a aquel ser / poema que tanto lo atrae, para darse cuenta al final de que lo verdaderamente importante, y en eso hay que ser irreductibles, es que sepa —la mujer / palabra— volar. ¿No memorizamos los poemas de un libro igual que los lunares en la espalda de una mujer? Veamos un ejemplo más específico:

Amiga a la que amo: no envejecas.
Que se detenga el tiempo sin tocarte;
que no te quite el manto
de la perfecta juventud. Inmóvil
junto a tu cuerpo de muchacha dulce
quede, al hallarte, el tiempo
(Bonifaz Nuño, 1979: 36).

Siguiendo el tono anterior, ¿no nos sentimos vencidos ante las palabras de Bonifaz Nuño? Sobre todo al introducir un tema al que los hombres y el amor están irremediamente atados: el tiempo. ¿Qué es lo que los / nos salva de él? La palabra. La muerte es la sublime tragedia de los amantes, pero las

letras dan la posibilidad de la inmortalidad —pueril deseo de enamorados—. Como ya dije, las palabras son una extensión de la caricia, como aquella mujer que al recibir la carta de su lejano amado y ante la desesperación de no sentirlo pasa la hoja por todo su cuerpo, porque sabe que las manos de aquél estuvieron ahí, fueron sus dedos los que rasgaron esas letras y su lengua la que selló el sobre. La amiga de Bonifaz Nuño sin duda envejecerá, el tiempo tatuará en su piel arrugas y cicatrices, pero el amor y las palabras plasmadas la conservarán jovial. Ante la imposibilidad del tacto siempre nos quedará la tinta.



De la serie *La ardida y yo* (2004). Lápiz graso y tinta sobre papel: Layla Cora.

DE LA PALABRA Y EL EROTISMO

Ahora bien, con el erotismo las cosas son un poco más complicadas; todos sentimos ausencia, soledad y alegría en diferentes grados y con distintos síntomas, pero no a todos nos excitan las mismas cosas. Lo que haré entonces será mostrar en qué medida la palabra propicia el erotismo, el cual, como ya mencioné, además del ritual también tiene que ver con la aceptación y la sumisión; los ejemplos serán en estos sentidos.

En primer lugar, la aceptación. Sin duda, el ejemplo más ilustrativo es la maravillosa vida de Juliette, narrada por el marqués de Sade, aceptación en el sentido de armonía entre la palabra y el acto. En los textos que trataremos en este apartado la palabra deja de ser añoranza, se esfuma el deseo de ‘completud’ para servir en pos de la ‘otredad’, lo que importa es el placentero —o doloroso— efecto que ésta provoca.

Al inicio de la novela, Juliette narra su primer encuentro sexual con dos mujeres: Euphrosine, una de las internas en el convento, y Madame Delbène, la madre superiora; ésta, en su alcoba, les dice a las niñas:

Hacedme todo lo que yo os hago —decía—, meneadme las dos a la vez; estaré entre tus brazos, Juliette, besaré tu boca, nuestras lenguas se juntarán... se apretarán... se chuparán. Me hundirás este consolador en la matriz —prosigue mientras me da uno [dice Juliette]—; y tú, Euphrosine mía, tú te encargarás de mi culo, me lo menearás con este pequeño instrumento [...] Tú, putita mía —continuó mientras me besaba—, tú no abandonarás mi clitoris; [...] frótalo hasta que salte [...]

Las palabras de Delbène provocaron en las dos aprendices una excitación incontenible —nos entregamos, dice Juliette—. La aceptación muestra la coherencia entre palabra y acto, se acepta la orden con placidez. Juliette no es una víctima que no tiene más remedio que obedecer, las órdenes acompañadas

de caricias pueden ser o no cumplidas, sin embargo, ella 'elige' —así como en el amor— someterse.

Paz refiere que “al copiar la relación entre el señor y el vasallo, el enamorado [...] escoge, voluntariamente, a su señora y, al escogerla, elige también su servidumbre” (1993: 123-124). *Historia de O*, de Pauline Réage, ayudará a ilustrar más claramente el efecto de la palabra en la relación de vasallage. Cuando O es llevada por primera vez a Roissy, después de ser entregada por su infame amante René y haber sido debidamente instruida y vestida, al tenerlo nuevamente frente a ella:

Él levantó la cabeza y le sonrió, pronunció su nombre y se puso de pie. Le acarició suavemente el cabello, le alisó las cejas con la yema del dedo y la besó en los labios con suavidad. En voz alta le dijo que la amaba. O, temblando, se dio cuenta, aterrada, de que le respondía «te quiero» y de que era verdad. Él la abrazó diciendo «amor mío, vida mía» [...] Él, esta vez en voz baja, le repitió que la amaba y añadió:

—Ahora te arrodillarás, me acariciarás y me besarás. [Mientras lo acariciaba] René ordenó bruscamente:

—Repite: te quiero.

—Te quiero— repitió O con tal deleite que sus labios apenas se atrevían a rozar la punta del sexo todavía protegida por su suave funda de carne (2006: 41-42).

Esta contundente mezcla entre amor y sumisión tiene su clave en las palabras: en esta parte de la novela O aún no entendía completamente qué hacía en Roissy, suponía que era sólo un capricho de René, son las palabras las que la hacen ceder. Ya le habían ordenado no cerrar la boca como muestra de que siempre debía estar abierta para los miembros de esa sociedad, pero el 'te quiero' es un aliciente para que ella disfrute y se someta a la voluntad del amante. En este texto, primero hay una aceptación, pero conforme avanza la historia O no tiene más remedio que obedecer.



Detalle de la serie *La ardida y yo* (2004). Lápiz grasos y tinta sobre papel: Layla Cora.

En este mismo sentido encontramos otro ejemplo en *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera: Teresa sabe de las infidelidades de Tomás con Sabina, en su afán por conocer a esta mujer le pide que la deje hacerle una sesión de fotos:

Cuando llevaban ya varios minutos haciendo fotografías, [Sabina] se acercó a Teresa y le dijo: «Ahora te sacaré fotos yo a ti. Desnúdate». La palabra «desnúdate» la había oído Sabina muchas veces en la boca de Tomás y se le había quedado grabada. Era por tanto una orden de Tomás que ahora le dirigía la amante de Tomás a la mujer de Tomás. Él había unido a las dos mujeres con la misma frase mágica. Era su manera de transformar inesperadamente una inocente conversación con mujeres en una situación erótica: no mediante una caricia, un contacto, un elogio o un ruego, sino con una orden [...] También a Teresa le decía con frecuencia [...] «idesnúdate!» y, aunque lo dijera con suavidad, aunque apenas lo susurrara, era una orden y ella se sentía siempre excitada al obedecerla (1984: 71-72).

En este fragmento, la aceptación y la sumisión se encuentran ligadas. Ambas mujeres satisfacen las órdenes de Tomás, ‘aceptan’ lo que su amado ‘manda’, les provoca excitación y deseo, gozan al ser avasallados, sobre todo Teresa, para quien no hay alternativa, pues ‘obedecer’ la seduce. Las palabras se convierten en sentencia y condena, se vuelven su más grande látigo, son las órdenes las que marcan sus orgasmos.

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA LLAMA TRIPLE

Al iniciar este texto mencioné que *La llama doble* de Paz se construye con el amor y el erotismo, ¿por qué el afán de incluir a la palabra? Pues porque estamos hechos de ella, hablar de los hombres —y del mundo— sin considerarla es como omitir el oxígeno.

La necesidad de fusionar esta triada se da porque en el amor y el erotismo la palabra es primordial, todos nos hemos enamorado por medio de ella, en la complicidad de los amantes basta una palabra clave para la fusión de los cuerpos, no es que uno se enamore sin ella; puede darse el erotismo sólo con el lenguaje del cuerpo, pero el efecto y el placer son diferentes por la finalidad del rito. Así como es gozo y felicidad —al igual que nuestros dos conceptos base— también es condena y muerte, basta una palabra para derrocar la confianza, para caer en la más fatal amargura, para arrojarse al abismo. La palabra, el amor y el erotismo comparten esta dualidad: pueden ser aliento y muerte. Sonrisa y lágrima. Cima y sima.

La palabra es respiración, anhelo, estremecimiento. Es orgasmo caduco y esperanza recién nacida. Es caricia y beso, roce y golpe, látigo y grillete. Es asfalto y nube, brisa que levanta la falda, hielo que impide el abrazo. Es ella la caricia que enamora y excita.

REFERENCIAS

- Bonifaz Nuño, Rubén (1979), *De otro modo lo mismo*, México, FCE.
 Gironde, Oliverio (1999), *Obras completas*, Madrid, Editorial Universitaria.
 Kundera, Milan (1984), *La insoportable levedad del ser*, México, Tusquets.
 Paz, Octavio (1993), *La llama doble*, Barcelona, Seix Barral.
 Paz, Octavio (2003), *El arco y la lira*, México, FCE.
 Réage, Pauline (2006), *Historia de O*, Barcelona, Tusquets.
 Sade, Marqués de (2009), *Juliette o las prosperidades del vicio*, Barcelona, Tusquets.



De la serie *La caja de pandora* (2006). Pintura vinílica y lápiz sobre papel recortado: Layla Cora.

CITLALLI LUNA QUINTANA. Estudió Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas y en la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente cursa el Posgrado en Historia del Arte en la Universidad Nacional Autónoma de México, México. Ha sido becaria del FONCA, del XXIII Verano de la Investigación Científica de la Academia Mexicana de Ciencias, CUMEX y Conacyt. Ha publicado diversos ensayos académicos y de creación en distintas revistas del país.